



## **Ensayo sobre el posible aporte de la economía política a la filosofía de la aspiración**

*Pablo Levín<sup>1</sup>*

*Pilar Piqué<sup>2</sup>*

*Ariadna Cazenave<sup>3</sup>*

Fecha de presentación: 11/04/2018

Fecha de aceptación: 11/09/2018

### **Resumen**

En el presente artículo exploramos el aporte de la economía política a la filosofía concebida como filosofía de la aspiración. En trabajos previos sostuvimos que el desarrollo conceptual de la teoría económica desemboca en la filosofía. En este trabajo, comprendemos a la filosofía como aquella rama de la producción social que se ocupa de organizar el campo de la cultura en un todo coherente para ponerlo al servicio del objeto de su mayor aspiración. Con esa impronta, recapitulamos la historia de la filosofía desde la aspiración al orden político de la polis (Politeia) en su expresión más temprana, al objeto de la aspiración de la historia presente y próxima que resulta de la teoría económica de la planificación. En ese contexto, exponemos cómo la negación deliberada de la noción de aspiración por parte de la teoría económica recibida desemboca en el desarrollo de un nuevo concepto de aspiración mediado por el concepto económico de planificación. Asimismo, indicamos en el incipiente campo de investigación científico-filosófico integrado, las condiciones teóricas e históricas de una estrategia de transformaciones sociales, económicas, políticas y, en fin, culturales, que eliminen paso a paso la *heteronomía* en el proceso histórico; y que conciban y desarrollen en su reemplazo nuevas instituciones históricas.

**Palabras clave:** economía política, historia de la filosofía, aspiración, teoría de la planificación, teoría económica

---

<sup>1</sup> Doctor en Ciencias del Desarrollo. Director del Centro de Estudios para la Planificación del Desarrollo (UBA-FCE). Profesor titular consulto de Historia del Pensamiento Económico (UBA-FCE). Docente de la Escuela de Posgrado de la Universidad de la Matanza.

<sup>2</sup> Doctora en Economía. Becaria posdoctoral CONICET en el Centro de Estudios para la Planificación del Desarrollo (UBA-FCE). Profesora adjunta de Historia del Pensamiento Económico II (UBA-FCE).

<sup>3</sup> Licenciada en Economía. Becaria doctoral CONICET en el Centro de Estudios para la Planificación del Desarrollo (UBA-FCE). Docente de la Escuela de Posgrado de la Universidad Nacional de la Matanza.

**Abstract**

In this article we explore the contribution of political economy to philosophy conceived as philosophy of aspiration. In previous works we have argued that conceptual development of economic theory leads to philosophy. In this work, we understand philosophy as a part of social production devoted to organizing the field of culture into a coherent whole in order to develop the object of its greatest aspiration. In this context, we recapitulate the history of philosophy from the aspiration to the political order of the polis (Politeia) in its earliest expression, to the object of aspiration of present and future history resulting from the economic theory of planning. In this context, we show how the deliberate denial of the notion of aspiration in economic theory leads to the development of a new concept of aspiration mediated by the economic concept of planning. Likewise, in the incipient field of integrated scientific-philosophical research, we indicate the conditions for a strategy of social, economic, political and, finally, cultural transformations that eliminate step by step heteronomy in the historical process; and that conceive and develop new historical institutions in its place.

**Keywords:** political economy, history of philosophy, aspiration, theory of planning, economic theory



## Introducción

“Hemos heredado de nuestros antepasados el anhelo profundo de un conocimiento unificado y universal.”  
(Schrödinger, 1983, p. 11)

“Tal era la visión fundamental por la que Platón volvió de sus primeros estudios dialécticos al estudio de la política. No esperemos reformar la filosofía si no empezamos por reformar el Estado. Ningún otro camino conduce al cambio en la vida ética de los hombres: el problema primero y más urgente es hallar el buen orden político.” (Cassirer, 1946, p. 63, trad. nos)

El “anhelo profundo” al que alude el primer epígrafe es a la vez realizable, irrenunciable e imperiosamente necesario. Pero sólo puede consumarse a la par de atender “el problema primero y más urgente”, reclamado por el segundo epígrafe: “hallar el buen orden político”.

¿Qué puede aportar a esta empresa la economía política? En su estado presente, ¡nada! O, menos que nada; porque la larga parálisis conceptual que ha sufrido esta ciencia la dejó muy a la zaga de las exigencias intelectuales y políticas de la época; y porque su consiguiente fragmentación puso sus *membra disjecta* a merced de la ideología y a su servicio, con la degradada función de ofrecer pátina de crédito científico al discurso académico, y avalar su promesa “marketinera” de solvencia profesional y, por ende, “salida laboral”.

Sin embargo, la contribución de la ciencia económica es posible e imprescindible. Compusimos este ensayo para explorar el aporte de la economía política a la filosofía concebida como filosofía de la aspiración. En trabajos previos (Levín, 2010; Cazenave, Levín y Romero, 2017) sostuvimos que el desarrollo conceptual de la teoría económica desemboca en la filosofía. En el presente trabajo, comprendemos a la filosofía como aquella rama de la producción social que se ocupa de organizar el campo de la cultura en un todo coherente al servicio del objeto de su mayor aspiración. Con esa impronta, recapitulamos la historia de la filosofía desde la aspiración al orden político de la polis (*Politeia*) en su expresión más temprana, al objeto de la aspiración de la historia presente y próxima que resulta de la teoría económica de la planificación.

El aporte al que aludimos implicará una *nueva* alianza entre la ciencia económica y la filosofía, en la que ambas disciplinas habrán de transfigurarse. Nueva, porque se retomará de esta suerte la gigantesca empresa que hace más de dos siglos quiso y no pudo llevar a cabo la Ilustración europea (ibérica, neerlandesa, francesa, inglesa-escolesa). Tal transformación, si se realiza, será obra de toda una época de la civilización humana.

### 1. Las épocas de gran filosofía. Estaciones y transiciones del concepto de aspiración.

Los sistemas de conocimiento racional jónicos (bautizados posteriormente como presocráticos) constituyen la piedra inaugural de una sucesión más de dos veces milenaria de esfuerzos progresivamente fértiles, pero una y otra vez aún insuficientes, por desarrollar un pensamiento universal totalmente coherente e inclusivo, completamente laico, que nos figuramos con la metáfora “cuerpo de las ciencias”.

El carácter a la vez trascendente y *objetivo* de este pensamiento, que puja desde hace casi tres milenios por liberarse del mito y del dominio de lo sagrado, radica en la elaboración de construcciones universales del intelecto en distintos campos del conocimiento, desprendidas progresivamente de la percepción sensible inmediata. En efecto, para estas configuraciones del concepto no debe reclamarse “evidencia empírica” ni referencia perceptual (Cassirer, 1953). Pero este desprendimiento (parejo al del navegante que se da a la mar sin costa a la vista) sólo es tal en ciertos tramos o estaciones de su desarrollo. En los más avanzados descubrirá la falacia de reducir la



realidad al estrecho nicho de la experiencia inmediata y que, por ende, lo que otrora pareciera definitivamente vivo, real, concreto y verdadero, era todo lo contrario. Retrospectivamente comprenderá el carácter autotransformativo de los conceptos científicos. Hasta entonces se resistía a él, ¡y le temía!

Esas construcciones intelectuales se suceden en una secuencia de transformaciones progresivas, que es a la vez continua y discontinua, histórica y conceptual (las transiciones de la agrimensura a la geometría “clásica” y de ésta a las geometrías no euclidianas ofrecen una clara ilustración del paso histórico de las nociones perceptuales a los conceptos científicos, a través de milenios). La unidad sintética intentada y prematuramente anunciada hace dos siglos, se quiebra con la revolución industrial y queda dividida en grandes campos, a su vez fragmentados en las especialidades hoy circunscriptas e institucionalizadas en el currículo universitario.

Recapitularemos su desarrollo en uno de esos territorios, el reservado formalmente a la ciencia económica. Sostendremos que la teoría económica (concebida como teoría de la planificación) tiene la potencialidad y la necesidad de habilitar lo que algunos autores se representaron como la “escalera del conocimiento” (vgr. Hegel, 2007; Cassirer, 1953; Skidelsky, 2011): camino que nos figuramos *ascendente en ambas direcciones* entre los conceptos teóricos y las nociones de la vida práctica. De este modo queda habilitado el diálogo más fructífero entre la ciencia y el pensamiento común. Esta exigencia a la que debe atender la teoría de la planificación implica una expansión transformativa: el concepto se recapitula y transforma y, cual la cabeza de Jano, mira a la vez hacia adelante y hacia atrás. Ya no puede circunscribirse a las dos primeras teorías de la economía política (tal como resultan del “Esquema de la ciencia económica” (Levín, 2010)): tiene que buscar inspiración y significado en momentos de gran filosofía, episódicos pero fulgurantes, de un proceso poético progresivo y acumulativo que llamaremos “filosofía de la aspiración”.

\*

Al recapitular la historia de la filosofía: la de sus encuentros confusos y sus desencuentros dramáticos con el desarrollo de las ciencias, debemos lidiar con los mismos obstáculos (*mutatis mutandi*) que vienen entorpeciendo el pensamiento de la era del capital, envolviéndolo en una cambiante maraña de prejuicios en la que uno tras otro reaparecen anacronismos culturales.

Si hubiera alguna duda sobre esto no hay más que ver el papel que cumple el mito de los individuos providenciales en la narrativa histórica. La historia política, la militar, y también el relato de la historia de la ciencia se presentan convencionalmente como la seguidilla de obras excepcionales y de actos heroicos llevados a cabo por personajes legendarios. Parece que no se pudiera narrar vívidamente la historia de la ciencia, reconstruir su móvil esencia dramática, y dar vida renovada, en fin, a los conceptos detenidos, sin poner las grandes personalidades una tras otra en el centro de la escena, ora contrapuestas, ora reunidas en escuelas, corrientes, etc.

Puede omitirse esa referencia, pero quedaría una historia completamente des-espiritualizada, un objeto de estudio naturalizado donde costaría ver los restos más pequeños del drama humano que permanentemente se recrea en el desarrollo histórico. Por eso empezamos por la distinción terminológica entre gran filosofía y nec-filosofía, justamente para acentuar este rasgo mitologizante y agotarlo.

En la historia moderna hubo épocas breves de gran filosofía (Solomon, 1983), precedidas y sucedidas por largos períodos de nec-filosofía, es decir de latencia, en los que el mundo no sufría profundas metamorfosis (*forma formata*), pero fructificaban y maduraban, soterradas, las últimas transformaciones y se gestaban las futuras (*forma formans*). En nuestra visión retrospectiva de hoy –que expondremos brevemente a continuación-, comprobamos que las metamorfosis más trascendentes siguen un hilo que empieza con los primeros atisbos de la filosofía de la aspiración. Esta reconstrucción logra nitidez merced a la visión retrospectiva. Se devela de este



modo que la “aspiración” a la que apunta la filosofía cobra desde su comienzo un sentido muy determinado, el cual no puede reducirse al de la acepción común (léxica) de esta palabra. El objeto de la aspiración se expandirá y transformará progresivamente en el desarrollo histórico universal de la filosofía moderna, al punto que esa historia es parte inextricable de la historia universal, y consiste esencialmente en esa transformación.

Las épocas de gran filosofía fueron demasiado pocas, demasiado distantes unas de otras en el tiempo, y fulguraron en escenarios históricos demasiado diferentes unos de otros, como para la coherente y estricta inteligencia de la continuidad de su desarrollo. Pero la congruencia de la filosofía consigo misma resaltarán a través de sus metamorfosis históricas por radicales que éstas sean. Apostamos aquí a nuestra pista: la filosofía sólo mostrará su función histórica en su trayecto completo, próxima a extinguirse.

Así como el individuo debe alcanzar la madurez para comprender al niño, así también la filosofía debe diferenciarse y reconocerse plenamente como filosofía de la aspiración para comprender que lo fue desde el comienzo; y más aún, para reconocerse incluso en culturas de antaño, y recapitular su propio tránsito hasta y desde su manifestación explícita en la primera época de gran filosofía, que fue fugaz y apenas explícita; y desde allí por tramos largos e intrincados de su camino en los que debió negar, ocultar, o disfrazar, su carácter hasta su estadio más desarrollado.

\*

Un período de gran filosofía es el inaugurado por Sócrates, cuyas enseñanzas revive Platón en el *Fedón* y en otros de sus magistrales diálogos (y encontramos bellamente recapitulados en F.M. Cornford (1966)). Sócrates recuerda allí su admiración juvenil por los filósofos jónicos que explicaban el mundo por medio de construcciones racionales de la realidad toda, basándose en sendos principios universales. Pero su esperanza de aprender de ellos se tornó en desilusión al comprobar que tales sistemas de pensamiento no lo hacían más sabio: no podían satisfacer su aspiración.

Si bien la aspiración culmine contiene en sí misma la aspiración al conocimiento, no habrá de quedarse ahí. La sabiduría socrática se realiza por medio de un conocimiento que aspira a la perfección del espíritu que, en Sócrates, es sinónimo de perfección del alma. El conocimiento que aspira a la perfección espiritual no es susceptible de ser impartido; por eso Sócrates reniega de las “enseñanzas” morales de los sofistas y de toda autoridad externa. Es un conocimiento que debe ser descubierto autónomamente por el alma individual. Su logro es entendido como el más elevado propósito de la vida humana, y el secreto de la felicidad.

Para ser sabio no hace falta solamente conocer el bien; es necesario, sobre todo, actuar con arreglo a ese conocimiento, aun cuando no sea placentero, cause sufrimiento y pobreza personales, conduzca a conflictos con la sociedad, a la prisión o, incluso, a la muerte. El sacrificio de Sócrates dejará una honda huella en Platón y lo impulsará a trabajar en las distinciones entre alma y espíritu y entre hombre individual y sociedad política.

Platón descubre que la aspiración socrática es irrealizable mientras no se trate el problema que hoy, para nosotros, es el principal de la filosofía: *hallar el buen orden político*. El desarrollo de los principios filosóficos socráticos desemboca para Platón en la persecución de un programa para la reforma radical de la polis (Cassirer, 1946; Cornford, 1966). Pues si la “vida pública” es perversa y corrupta, la “vida privada” no podrá desenvolverse ni lograr plenamente sus fines. El alma individual es como una simiente, y su entorno institucional como la conjunción de alimento, clima y terreno<sup>4</sup>.

---

<sup>4</sup> “Sabemos que es cierto para cualquier simiente o toda cosa que crezca, sea animal o planta, que cuando no encuentra alimento, o clima, o terreno apropiados, sufre tanto más por estas privaciones cuanto más vigorosa sea... Lo mismo ocurre, pues, con el temperamento que



Semejante *programa*, empero, a la luz de nuestras necesidades en el siglo XXI, si bien conserva plena vigencia, se demuestra del todo insuficiente, e incluso luce como limitadamente “moralista”. Es precisamente aquí donde la economía política debe reclamar su nuevo territorio, y poner en acto el viejo concepto de aspiración fertilizándolo con el novísimo concepto científico de planificación (Cazenave *et al.*, 2017).

El conocimiento que aspira a la perfección del espíritu no es ni puede ser objeto exclusivo del alma individual. El ideal de superación al que aspira la filosofía es entendido por Platón como la medida de todas las costumbres y acciones humanas y la base sobre la que debe construirse la perfección del orden político. Platón anuncia la fundación de una filosofía aspiracional del Estado, donde, inspirado en Pitágoras, concibe a la idealidad no como sinónimo de irrealidad, sino de realidad. Así como los objetos del conocimiento matemático son inteligibles, así lo son también los objetos del conocimiento socrático tales como los éticos y políticos. Se les atribuye una existencia real independiente y substancial más allá del caudal de eventos y objetos transitorios. Esa noción de trascendencia es absorbida y sacralizada posteriormente por la teología cristiana, en sus versiones patristica y escolástica, y en la conservación de esa trascendencia radica el momento de su identidad con la metafísica.

La filosofía de la aspiración fundada por Sócrates quedó en estado de latencia por más de dos milenios, y reinició su andar en un período de “transición hacia una nueva época”, en la que, en palabras de Hegel, el espíritu debía entregarse a la tarea de su propia transformación (Hegel, 2007)<sup>5</sup>. La gran filosofía dieciochesca resume la misión de ofrecer una guía a este novedoso mundo humano en ciernes, para producir una síntesis de conocimientos generales, capaces de concretar la aspiración de una sociedad en la que reinarán plenamente la libertad, la igualdad, la fraternidad y el progreso universales. Para ello, tomó como divisa la consigna kantiana “atreverse a saber” y entendió la sabiduría como “la idea de la necesaria unidad de todos los fines posibles” que “debe servir de norma para todo lo práctico” (Kant, 2005, p. 231). La aspiración al *summum bonum*, entendido como el más alto bien posible alcanzable por medio de la libertad, se apoyó en una noción insuficientemente desarrollada de sistema de legislación ético, promovido por individuos virtuosos que hallen su realización personal y cívica en el más estricto cumplimiento de la ley (Kant, 1991; Rousseau, 2008). Las contradicciones y los límites del imperio de la “buena voluntad” fueron vívidamente anticipados por Smith en *La Teoría de los Sentimientos Morales* (Smith, 2013).

Esa época que se calificó a sí misma como “filosófica” fue, a la vez, una época de inconsecuencia. La filosofía crítica preparó el terreno para la distinción entre metafísica y filosofía, y procuró extender la crítica de la razón al campo ético y estético (Kant, 2011; Kant, 2012). Pero la realización de tales propósitos, entendidos como necesarios para la prosecución de las consignas políticas de las revoluciones burguesas (paradigmáticamente retratadas en la francesa), resultó efímera, y sus logros indudables se diluyen y se corrompen incesantemente hasta nuestros días. La pregunta platónica acerca de cómo lograr el buen orden político no fue respondida y cobra mayor vigencia día a día. En suma, los intentos por extender el dominio del concepto más allá de la razón cognitiva fueron abandonados prematuramente, sin pena ni gloria.

La ilustración dieciochesca consagró la figura de la persona doblemente escindida (Levín, 2014). El individuo de la sociedad civil es alienado de su vida política y se desdobra en sujeto cognoscente y sujeto práctico. La primera

---

le hemos asignado al filósofo; si recibe la enseñanza apropiada, llega necesariamente alcanza la plena flor de la excelencia; pero si, por el contrario, la planta se siembra y se arraiga y crece en el suelo equivocado, entonces, produce necesariamente todos los efectos contrarios, a menos que se salve por algún milagro” (La República de Platón, citado en Cassirer, 1946, p.73, trad. nos.).

<sup>5</sup> “Pero, así como tras un largo período de silenciosa nutrición, el primer aliento rompe bruscamente la gradualidad del proceso puramente acumulativo en un salto cualitativo y el niño nace, así también el espíritu que se forma va madurando lenta y silenciosamente hacia la nueva figura, va desprendiéndose de una partícula tras otra de la estructura de su mundo anterior y los estremecimientos de este mundo se anuncian solamente por medio de síntomas aislados... El comienzo del nuevo espíritu es el producto de una larga transformación de múltiples y variadas formas de cultura, la recompensa de un camino muy sinuoso y de esfuerzos y desvelos no menos arduos y diversos” (Hegel, 2007, p. 12).





escisión hace *pendant* con la dicotomía Sociedad Civil- Estado Moderno, que determinó al individuo dividiéndolo en burgués y ciudadano. La sociedad civil o reino del egoísmo universal, se consume en la figura del comercio universal. El Estado Moderno, o la consumación de “una sociedad bien gobernada” (Smith, 2008) es inteligible y valioso como un artificio analítico que no implica la efectiva maduración de la jurisprudencia burguesa. Tales escisiones anticiparían y darían asiento a los territorios ideológicos reclamados por el positivismo y el irracionalismo de los siglos XIX y XX, como así al cisma entre las llamadas “ciencias naturales” y “ciencias sociales”, y entre éstas y la filosofía. La involución más bárbara de estos cismas en el “terreno político” se halla inseparablemente asociada a la defección del socialismo internacionalista en agosto de 1914, y su consiguiente degeneración en nacional socialismo (Gentile, 2003).

\*

Es verdad que los intentos inconclusos de la última época de gran filosofía constituyen hoy el punto de partida necesario para, eventualmente, la próxima. Pero no será fácil ni acaso posible retomar la tarea de la gran filosofía, por dramática necesidad que de ella hay, si entre los fulgores todavía vivos de la última Ilustración no distinguimos los precursores de la próxima ni si, aun distinguiéndolos, no sabemos darles vida, actualizarla, llevarla hasta su término de realización. Pero identificar en la Ilustración pretérita los momentos relevantes para su próxima resucitación, no puede ser sino el resultado progresivo de un esfuerzo laborioso por el que pongamos *ad oculos* la historia plenamente desplegada de la filosofía de la aspiración, para que aprendamos a reconocerla en sus múltiples facetas y formas metamórficas. Es debido a la peculiar naturaleza de este objeto, que el ponérselo “a la vista” no remite a la percepción sensorial, ni a la definición léxica, ni apela a la teoría; pero sí al concepto -que en vano buscaríamos en diccionarios- y sólo a él: entregado a la crítica inmanente o interna, en el pleno despliegue de su poder a la vez constitutivo y transformador.

En otras palabras, en tanto filosofía de la aspiración, la filosofía muda una vez y otra; y, así como pasa de una estación a la siguiente, deja en cada una ruinas muchas veces tan bellas y expresivas que la época las acoge con explicable mezcla de avidez y de temor. Lo primero porque siempre hay necesidad de filosofía y las confunde con ella; y lo segundo porque la filosofía es siempre a la vez criatura y precursora de sí misma, nunca un producto acabado, sino uno intermedio en proceso de transformación; y, en fin, porque ni aun reducida a exuvias secas, es un objeto inerte que permanece determinado y tranquilo en el nicho categorial al que se asigna; y sobre todo porque es siempre potencialmente subversiva, y porque aún cautiva, pone en cuestión el orden de cosas dado y puja por uno nuevo.

En las próximas páginas procuraremos anticipar cómo el concepto de aspiración podría articular el campo de la teoría económica, propiciando su expansión integradora ulterior, más allá de esta ciencia particular. Tal empresa forma parte de un proyecto de investigación mayor, que encuentra aquí un comienzo.

## **2. Economía política, su agotamiento dentro de los límites de la metafísica; su prosecución más allá de la metafísica: concepto de Planificación democrática.**

La economía política nació en una época de gran filosofía, como parte de la búsqueda *smithiana* de un fundamento para su proyecto ilustrado de Jurisprudencia. Pero el desarrollo teórico consecuente de sus conceptos fundamentales ocurrió en el largo período de latencia que sucedió a aquella gran época filosófica. La economía política prosiguió su desarrollo como ciencia autónoma, dirigida a formular las leyes *mecánicas* que gobiernan el proceso de reproducción social de la sociedad civil. Su culminación desembocará, así lo esperamos, en el fin de aquel letargo, y en el anuncio de una nueva transformación de todo el orden conceptual e histórico. A ese desenlace nos proponemos contribuir. En la perspectiva de nuestro proyecto, la economía política pone en el centro de su objeto el concepto de planificación, y éste conlleva la dimensión aspiracional de la filosofía.



El concepto de planificación estuvo ausente en la historia pretérita de la economía política (específicamente, en sus dos primeras teorías (Levin, 2010)). Su omisión fue deliberada, pues la economía política se atuvo al desarrollo del concepto de Sociedad Civil, lo que significa la instalación de la premisa teórica que supone la plena libertad del *homo mercator* para el intercambio de sus mercancías, figurada con la noción de mercado perfecto universal. Al omitir rigurosa y sistemáticamente la noción de planificación, las dos primeras teorías lograron la universalidad de la razón cognitiva, pero dejaron fuera de su alcance toda aspiración a un concepto integrado. Merced a esa expulsión, y a su determinación de conservar la condición de universalidad, hoy se torna posible y necesario apostar a una aspiración política de carácter universal.

\*

Cuando Jean Buridan inquiriere cómo se determinan los precios, y abandona la pregunta acerca de cómo *deberían* determinarse (Screpanti, 2005), inaugura el linaje de los hacedores de la primera teoría de la economía política. De este modo, labra los primeros contornos del primer “círculo de tiza” que circunscribe el imperio de la razón en el pensamiento económico<sup>6</sup>, el cual, conforme a su desarrollo, expulsa progresivamente fuera de sí la noción tomista de Precio Justo y las prescripciones de la ética escolástica a él asociadas. También se libera del prejuicio, ya entonces anacrónico, según el cual los conceptos son el reflejo de los objetos de la percepción sensible (*Nihil est in intellectu quod non sit prius in sensu*). El nuevo abordaje reniega de las sustancias esenciales aristotélico-tomistas y prepara el terreno en el que luego prosperará la ficción funcional mecanicista, donde la realidad de cada concepto corresponde a su función en el sistema (Cassirer, 1953).

El desarrollo de la ficción funcional mecanicista en la historia de la economía política se vale de uno de los artificios embarazosos pero convenientes de la teoría científica: la metáfora. Es decir, de un recurso mental que remite a la experiencia de la percepción sensible y se apoya en ella para formular conceptos que trascienden esa percepción y que, en su formulación científica más avanzada, prescinden de tal referencia (Cassirer, 1953).

Un primer momento de ese desarrollo se halla en una de las “leyes” de la cataláctica temprana: la ley del precio único de Geminiano Montanari (Screpanti, 2005). Montanari sostiene que los mercados locales se funden en uno solo por medio de un sistema interactivo de equilibrio estable semejante al de los vasos comunicantes<sup>7</sup>. Esa metáfora hidráulica anuncia una ficción teórica que será condición para el desarrollo de la cataláctica: la del mercado como sistema mecánico cerrado. Esa ficción se sirve de otras más elementales, como la de que los objetos de la experiencia (mercantil) forman conjuntos homogéneos, y la de que cada uno de ellos se ajusta a un precio único.

La culminación de la “metáfora hidráulico-mecanicista” se alcanza al reemplazarla por un sistema completo y articulado de ecuaciones<sup>8</sup>. En ese clímax se realiza el “momento positivista” de las teorías científicas. Los

<sup>6</sup> Lo que en autores muy posteriores será la delimitación de un objeto de análisis por medio de la cuidadosa definición de parámetros y funciones.

<sup>7</sup> “Recuerdo que, en procura de claridad, a menudo recurría para hablar de estas cosas a una comparación con los cuerpos fluidos, porque me parecía que los precios de los bienes en el mundo encuentran un nivel entre ellos a través del comercio que no es diferente de la forma en que las aguas estancadas lo hacen -cualquiera que sea la agitación que sufran-; al final se nivelan y se mantienen estables...el mar en sí no puede tener sus olas más altas en el Adriático que en el Tirreno, o en el Mar Negro o en el propio Océano, si no cuando sus corrientes interrumpidas o los movimientos de su flujo y reflujo y las diversas situaciones de sus profundidades traen consigo una variación de unos pocos pies en alguna playa remota (Arquímedes, De incidentibus in fluido); las aguas, no menos que las mercancías, tienen su comunicación perpetua por todo el universo, de modo que su propio peso las obliga a nivelarse a igual distancia del centro al que tienden” (Montanari, *Della moneta. Trattatomeccanica*, citado en Maifreda (2012, 140, trad. nos.).

<sup>8</sup> “La teoría de Maxwell del campo electromagnético puso en tensión los recursos de la mecánica clásica. ‘La complicada estructura que Maxwell le adscribió al éter en la versión temprana de su teoría’, escribió Henri Poincaré, ‘tornó a su sistema extraño y repelente. Uno podía prácticamente creer que estaba leyendo la descripción de una fábrica, con sus ruedas dentadas, sus ejes de accionamiento bajo la tensión de la transmisión del movimiento, etc.’. Se descubrió rápidamente que esos modelos mecánicos elaborados no agregaban nada





términos del sistema walrasiano son, en su mayoría, homónimos de los propios del lenguaje económico de la vida común (precios, mercancías, consumidores, preferencias), e incluso de palabras con reminiscencias metafísicas empleadas en las “ciencias naturales” (fuerzas, leyes, equilibrio, estabilidad, tendencias).

Pero esos vocablos no se refieren directamente a las experiencias prácticas en el mundo de la percepción sensible. En efecto, el stock de mercancías disponibles, los gustos, las preferencias son, en este caso, “condiciones iniciales” ideales del mercado entendido como construcción intelectual; y el “equilibrio” (del que teleológicamente se dice que “determina”, “gobierna”, “establece”, etc., los precios y las cantidades transadas), la solución matemática que arroja el sistema de ecuaciones de ese mercado arquetípico. La noción de equilibrio general walrasiano resultante es una noción elemental sin la cual es imposible exponer hasta su *terminus ad quem* la ley del valor mercantil.

\*

El *mecanicismo* es un recurso de la ciencia pre-einsteiniana, que, cuando se desarrolla doctrinariamente, desemboca en uno de los dos abismos creados convenientemente por ella misma, donde mueren los conceptos: el primero es un sistema de ecuaciones abstractas; el otro es el reino de los entes metafísicos. En el discurso doctrinario, estos abismos no se eliminan, sino que se confunden<sup>9</sup>.

Tanto Ricardo como Marx, exponentes de su época, conciben a la mecánica como la manera indicada y más excelente de hacer ciencia. De allí su afán de revelar “las leyes de movimiento del sistema” (Marx, 2002) y de emular, en el terreno “económico” de la economía política, interpretamos, aquello que hizo Newton en el terreno de la cosmología. La representación del universo finito encuentra su réplica en la deliberada omisión ricardiana de las mercancías no reproducibles o multiplicables (Ricardo, 1993). Sólo los precios de las mercancías reproducibles son “gobernados” por la “ley natural-social”<sup>10</sup>.

Estos dos grandes autores, por razones bien distintas, pasan por alto el medio *filosófico* en el que nació la economía política. La noción smithiana de valor será tomada por ellos sin atender al problema que este autor intentó y no pudo resolver: la objetivación directa del trabajo social en el valor sólo es posible para Smith en una sociedad pequeña (la también ficticia “sociedad ruda y primitiva”) donde todos los objetos relevantes de la vida social están a la vista y al alcance del saber perceptual. Pero he aquí que no es tal el caso del concepto de mercado universal en el que trabajaban tanto Smith como Ricardo y Marx.

En efecto, la noción “clásica” de valor tiene dos fuentes: una es la vida práctica; la otra, la metafísica antigua (Aristóteles) y medioeval (escritores del Imperio Romano, Santo Tomás). La misión de la segunda teoría es

---

a la parte puramente matemática de la teoría de Maxwell y podían ser desechadas sin sufrir ninguna pérdida. ‘La teoría de Maxwell no es otra cosa que sus ecuaciones’, escribió el físico Heinrich Hertz.” (Skidelsky, 2011, 12-13, trad. nos).

<sup>9</sup>“Pero cuando quise buscar las razones últimas del mecanicismo e incluso de las leyes mismas del movimiento, me sorprendí gratamente al comprobar que era imposible encontrarlas en las matemáticas, y que era preciso volver a la metafísica. Esto me condujo nuevamente a las entelequias y a volver de lo material a lo formal; y me hizo al fin comprender, después de muchas correcciones y pasos adelante en mis ideas, que las mónadas o sustancias simples son las únicas sustancias verdaderas y que las cosas materiales no son más que fenómenos, aunque bien fundados y coordinados....Me glorío de haber penetrado la armonía de estos diferentes reinos, y de haber visto que las dos partes tienen razón, a condición de que no choquen entre sí; que todo sucede en los fenómenos naturales de un modo mecánico y al mismo tiempo de modo metafísico, pero que la fuente de la mecánica está en la metafísica”. Carta de Leibniz a Nicolás Remond, escrita en 1714 y citada en Garber (2009, trad. nos.).

<sup>10</sup> “Se requiere una producción de mercancías desarrollada de manera plena antes que brote, a partir de la experiencia misma, la comprensión científica de que los trabajos privados -ejercidos independientemente los unos de los otros pero sujetos a una interdependencia multilateral en cuanto ramas de la división social del trabajo que se originan naturalmente- son reducidos en todo momento a su medida de proporción social porque en las relaciones de intercambio entre sus productos, fortuitas y siempre fluctuantes, el tiempo de trabajo socialmente necesario para la producción de los mismos se impone de modo irresistible como ley natural reguladora, tal como por ejemplo se impone la ley de la gravedad cuando a uno se le cae la casa encima” (Marx, 2002, 91-92).



superar el cisma prevaleciente entre ambas. Para ello expandirá su metáfora mecánica del intercambio mercantil al proceso de reproducción social. La ley del valor mercantil, o ley de equilibrio general del sistema de reproducción mercantil, *subsume* la ley de equilibrio general de los mercados<sup>11</sup>.

La opinión común se atiene a la verdad primordial de la percepción sensible: “ver para creer”, y se resiste a reconocer el carácter objetivo y necesario de ciertas construcciones intelectuales. Pero también se aferra a ficciones analíticas que jugaron un papel imprescindible *pero pasajero* en un contexto teórico delimitado por el desarrollo mismo del concepto, sin comprender su alcance y su vigencia circunscripta a una etapa de ese desarrollo conceptual, y las adopta como cosas sustanciales incondicionalmente ciertas y verdaderas.

\*

Cada una de las dos teorías constitutivas de la economía política traza una frontera nítida entre los ámbitos económico y político de la sociedad moderna, y procura explicar cómo la economía brinda unidad y coherencia a la sociedad como un todo ecuménico. El ámbito económico mismo es concebido en ambas como un sistema en el que la acción recíproca entre miríadas de agentes autónomos e independientes unos de otros, tiene como resultado la cohesión del proceso de reproducción económica como una totalidad dinámicamente articulada con arreglo a leyes generales de equilibrio estable. Para la primera, esa frontera delimita el mercado, y su ley general es la del equilibrio general de los mercados. Para la segunda, la frontera es la propia del proceso económico de reproducción o autorreplicación, que comprende al mercado sólo como una instancia de este proceso; su ley de equilibrio general es *la ley del valor*. El objeto de la segunda incluye el objeto de la primera. Queda concebido así el proceso de reproducción de la riqueza social en el mundo capitalista.

Pero el elemento constitutivo principal de la riqueza de esta sociedad no figura en el inventario “clásico” de los productos reproducibles. Lo llamamos Cultura, y lo reconocemos como el mayor de los bienes. Es, por cierto, la suma viva de las facultades humanas en el proceso mismo de su dimensión histórica, la estructura social transmitida por cada generación a la siguiente, en la que se crea, se mejora y se conserva la experiencia social.

El concepto económico de Producción en un sentido restringido es propio de la economía política; en un sentido amplio, corresponde a la ciencia económica y coincide con el de Cultura<sup>12</sup>. Se delimita así un concepto básico de Cultura en el que se distinguen dos dimensiones: general (más próxima a la etológica que a la antropológica), y humana (histórica), las cuales se corresponden con una distinción fundamental en la noción económica de Producción, entre Reproducción y Poiesis.

La mayor “extensión” del objeto de la economía política, para abarcar un objeto de estudio más amplio, más complejo, y sobre todo más relevante que los anteriores, pero que los contenga, exige que ella se someta a una profunda autotransformación en su estructura conceptual. La pista para lograr tal autotransformación nace de su propio desarrollo consecuente, que pondrá radicalmente en cuestión lo que era hasta entonces su propio objeto (la Sociedad Civil) y, con él, la escisión del individuo moderno entre burgués y ciudadano, inseparable de la Ilustración del XVIII y del pensamiento posterior en campos como el económico, el político, el jurídico, el sociológico.

Recordemos que esa escisión era una de las más vivas señales de la inconsecuencia del aquel proyecto filosófico del XVIII, la última época de gran filosofía hasta hoy. La ilustración del XVIII se apoyó en las ficciones Sociedad Civil y Estado Moderno para perfilar el objeto de su aspiración, porque instaló aquella ilusión para la cual la

---

<sup>11</sup> Para una exposición de la ley mercantil del valor, ver Levín (2010).

<sup>12</sup> La economía política está comprendida en la ciencia económica. Ésta estudia las sociedades humanas en sus distintos estadios históricos, aquélla investiga la especificidad capitalista de la sociedad humana. Incumbe también a la ciencia económica determinar las identidades y diferencias específicas de sociedades humanas en el cuadro más general de la Etología y la Evolución.



historia extrínseca (Providencia) conduciría a la humanidad al “mejor de los mundos posibles” (como en la teodicea de Leibniz; y en la parodia que Voltaire hace de él en *Cándido*) en el cual, más temprano que tarde, la sociedad capitalista moderna y sus instituciones coronarían su misión civilizadora.

La subsunción y superación de la dicotomía Sociedad Civil-Estado Moderno en el campo de la teoría de la diferenciación del capital (Levín, 1997) y de la planificación democrática, agrava los peligros que acarrea a la civilización el estar a merced de la historia heterónoma; y acerca la posibilidad y la necesidad de una nueva época de gran filosofía, que, en un período de profunda metamorfosis histórica, complete aquello que la Ilustración del XVIII planteó, pero no resolvió.

### **3. Filosofía de la aspiración como utopía progresivamente concreta. Desde la aspiración al orden político (Politeia) en su expresión más temprana, al objeto de la teoría de la planificación democrática.**

En las próximas páginas bosquejaremos un conjunto de tesis dirigidas a investigar el posible aporte de la economía política a la realización e integración de los dos anhelos que señalamos en el Prefacio: el de un “conocimiento universal y unificado” y el de “hallar el buen orden político”.

La teoría de la planificación democrática actualiza la exigencia de Platón en este nuevo horizonte teórico e histórico. Su objeto es también el “orden político”, pero entendido como la aspiración universal que reúne todas las aspiraciones particulares y singulares, como la instancia en la que el “conocimiento universal y unificado” se plasma en una acción social concertada. Tal el “orden político” que apunta a disputar y reemplazar el “caos político” del capital, y más aún, el tenebroso totalitarismo que le es inmanente. Ello no se logrará sin disipar la ideología que sostiene su poder de planificación totalitaria. La ciencia económica desarrollada más allá de la teoría recibida se conjuga con la filosofía para enfrentar la mayor exigencia intelectual de nuestra época, que no es otra que disipar esa maraña de prejuicios que impide comprender el presente histórico y poner en vigencia estrategias democráticas de transformación.

Indicaremos dos de esos prejuicios que, relacionados entre sí, conspiran contra el progreso teórico e histórico. El primero es la naturalización de las “dos culturas” (Snow, 2012), consagrada en el currículum universitario oficial, con su separación institucional entre “ciencias naturales” y “ciencias sociales o del espíritu”, y en el divorcio entre ambas y la filosofía. La segunda es la persistencia del “mito del Estado” (Cassirer, 1946).

La ideología “usurpó” el lugar y la función que, en beneficio del progreso humano, deben reclamar para sí la ciencia y la filosofía, y domina por entero la mentalidad de la época. Lo cierto es que la usurpación se vale de un sinnúmero de acciones que van todas ellas en desmedro de la ciencia. Pero la verdaderamente decisiva es la conquista de las universidades. No hay demostración más concluyente, en efecto, del triunfo de la ideología sobre la ciencia, que la impronta profunda que ha dejado en ésta el mayor de los prejuicios: aquél que divide las ciencias llamadas “naturales” de las llamadas “sociales”. Al instituirse esa pixelación del campo de la cultura “superior”, la ideología toma el mando sobre la institución que todavía dice (contra toda evidencia) estar consagrada al pensamiento libre y universal. Después de un largo asedio ha sido tomada nada menos que la propia “ciudad de la ciencia”: la Universidad.

Esa fragmentación multicotómica está naturalizada y estampada por doquier en la vida académica: en la estructura del currículum, en la organización de la enseñanza y la investigación, en el sistema de facultades y departamentos, en las especialidades profesionales; e irradia con efectos desastrosos en la manera de pensar y de actuar de las multitudes. La multicotomía parece diseñada ex profeso (como en una alucinación paranoica) para entorpecer el claro pensamiento sobre la historia del presente, confundir las opciones asequibles, y disminuir la capacidad de articular la voluntad de todos en pos de objetivos históricos relevantes.



Pero, así como todo prejuicio (por definición) es falso, así también el prejuicio se vale de verdades y hechos comprobables que lo tornan creíble y atractivo. El cisma entre las ciencias de la naturaleza y del espíritu parece convalidada en efecto por el desarrollo vertiginoso de las ciencias “naturales” (unidos al progreso impetuoso de la tecnología hasta casi confundirse con él), en franco contraste con la parálisis teórica y conceptual de las “sociales”. Estas últimas están sumidas en un prolongado letargo donde las modas se agotan una tras otra sin progreso. La otrora “madre de las ciencias”, ha quedado relegada en un nicho especializado.

Pero la posibilidad de progreso histórico de la sociedad mundial, su capacidad para actuar de común voluntad como totalidad histórica articulada, depende de la constitución del cuerpo coherente y abarcador de sus ideas universales: de lo que hace dos siglos se anunció prematuramente como el desiderátum próximo a ser alcanzado. La “evidencia empírica” es concluyente: la ideología ha establecido un reinado absoluto sobre el presente.

Pero en la perspectiva histórica del futuro próximo es fácil comprender que esta situación no puede perdurar. Cobra plena y dramática vigencia el poderoso apotegma que resonó desde laderas convencionalmente consideradas como opuestas e irreconciliables: “civilización o barbarie” y “socialismo o barbarie”. En suma, componer y actualizar el “cuerpo de la ciencia” será a la vez condición, resultado y parte del afán que debemos sentir los humanos por hacer de nuestro mundo el mejor de los posibles. La conjugación de filosofía y ciencias en un todo coherente es condición *sine qua non* para formular la aspiración de la humanidad y alcanzarla por medio de una acción concertada. La economía política allana esa tarea al entender a la filosofía como aquella rama de la producción que se ocupa de organizar todo el campo de la cultura en un todo coherente al servicio del objeto de la aspiración. Con esa impronta, la filosofía desborda del currículum universitario, y reclama su transformación. La filosofía de la aspiración se constituye así en nuestro “esfuerzo incesantemente renovado” por ser contemporáneos de nosotros mismos (Levín, 2016)<sup>13</sup>

\*

Si todo lo apostamos -como no podemos dejar de hacerlo- a la prosecución del progreso de la civilización, entonces las acciones de nuestra época deberán estar dirigidas a poner fin al letargo al que aludíamos. No es esta una vana aspiración si, como creemos, vivimos en la víspera de una nueva fermentación de ideas, precursora de una época de gran filosofía: propiamente, de una nueva Ilustración, que realizará las anteriores y elevará la condición humana.

El sistema capitalista, en aquella fase ilustrada que precedió a la revolución industrial y sucumbió ahogada por ella, imprimió en la mentalidad de la época la aspiración a la civilización universal, encarnada en la figura de la democracia. Pero en esa aspiración anidaba la trampa ideológica. Ésta pervive hasta el día de hoy en adaptación permanente, exacerbada hasta el espanto por el proceso de diferenciación del capital. Cayeron en esta trampa las doctrinas económicas, políticas y filosóficas del siglo XX.

La madre de todas las trampas del discurso político es el mito del Estado (Cassirer, 1946) combinado con la noción incompleta, no conceptualizada, de democracia<sup>14</sup>. Ésta era abstracta ya en el siglo XVIII, pero en los siglos subsiguientes ha estado además sumida en un profundo proceso de doctrinización e ideologización. El discurso corriente adhirió la noción de democracia a la figura del Estado Nacional, confundiéndolo con el Estado Moderno y, por ende, sin reparar seriamente en su proceso de degradación. No sólo participaron de este discurso las doctrinas nacionalistas, entendidas como aquellas que avalan la creencia en la entidad privilegiada y excluyente del Estado Nacional. También las internacionalistas, pues, como su propio nombre lo revela, asimilan

---

<sup>13</sup> “Para Cassirer, como también para Wittgenstein, la filosofía es un esfuerzo incesantemente renovado por ser humano” (Skidelsky, 2011, 124, trad. nos).

<sup>14</sup> Este último problema no es abordado por Cassirer en *El mito del Estado*.



confusamente la universalidad a la “conjunción de naciones”. Avalar la creencia en la entidad del Estado Nacional significa aferrarse a su existencia empírica, y resignarse al “es lo que hay”.

Esa resignación es todavía más autodestructiva cuando se reduce el concepto de democracia a la consecución de un sistema político de representación y delegación: se establece entonces una relación ficticia entre “representantes” y “representados”, sin que unos ni otros asuman un compromiso concreto, vinculante y recíproco.

## Conclusiones

En suma, el ensayo precedente reconoce en el desarrollo de la largamente olvidada noción de aspiración, un hilo que recorre toda la azarosa historia del pensamiento filosófico moderno; y a la vez el germen del concepto general regulador que hoy puede liberar a la filosofía de la metafísica, aportando solución a los "dilemas insolubles" de la misma, y brindando en cambio el concepto regulador general necesario para dar dirección, sentido y coherencia a la integración sintética del cuerpo de las ciencias.

A partir de este re-descubrimiento, traza un primer esbozo general de la filosofía de la aspiración y abre un panorama para investigaciones próximas. Sostenemos que los resultados que comunicamos contribuyen a,

- a) reconstruir la azarosa evolución de esta filosofía desde su nacimiento en (y como) pensamiento moderno, identificándola en sus variadas formas metamórficas; incluso en la más extrema, que no proyecta la aspiración en el propósito más alto concebible -como otras en el conocimiento, la virtud, la felicidad, la razón, la cultura, etc.-, sino que la niega de plano, renunciando a definirla como aspiración social general y reduciéndola y relegándola en cambio estricta y unilateralmente al interés individual: “vicios privados, virtudes públicas” (Mandeville, 2004);
- b) confirmar que (como es bien sabido) la economía política nace de la paradoja mandevilliana, la cual no se limita a hacer caso omiso de la noción de aspiración, sino que la niega de plano, y *debe atenderse a esa negación*;
- c) demostrar, a partir de esa comprobación, que (y asimismo cómo, por qué, con qué consecuencias) el atenderse sistemáticamente a esta negación conduce necesariamente al concepto más concreto de aspiración, fecundado con el concepto económico de Planificación;
- d) señalar la necesidad de un nuevo proyecto -de carácter eminentemente universitario y por ende multidisciplinario- que, inspirándose en las poderosas contracorrientes producidas por la fragmentación de las ciencias (y del currículo): tales como los que resultaron de la fusión de la química y la física a mediados del siglo pasado, y poco después la de los anteriores con la biología, etc., explore el alcance del posible aporte de la filosofía de la aspiración a la realización de una síntesis de la totalidad del “cuerpo” de ideas universales; y, finalmente,
- e) avizorar en el incipiente campo de investigación científico-filosófico integrado, regulado por el concepto de aspiración; las condiciones de una estrategia de transformaciones sociales, económicas, políticas y, en fin, culturales; apuntada a eliminar paso a paso la *heteronomía* en el proceso histórico; concibiendo y desarrollando en su reemplazo nuevas instituciones constitutivas del futuro sistema de planificación democrática.





## Referencias bibliográficas

- Bloom, A. ([1781] 1991). *Republic of Plato*. (translated with notes and interpretive essay). New York, USA: Basic Books.
- Cassirer, E. ([1923] 1953). *Substance and function, and Einstein's theory of relativity*. Chicago, USA: Dover publications Inc.
- Cassirer, E. (1946). *The myth of the state*. Yale, USA: Yale University Press.
- Cazenave, A., Levín, P. y Romero, V. (2017). El concepto de planificación tal como resulta del desarrollo teórico más avanzado de la economía política. *Revista de Investigación en Economía y Responsabilidad Social, Volumen 1, No1*, pp. 3-21.
- Cornford, F. M. ([1932] 1966). *Before and after Socrates*. Cambridge, UK: Cambridge University Press.
- Garber, D. (2009). *Leibniz: body, substance, monad*. Oxford, UK: Oxford University Press.
- Gentile, E. ([1946] 2003). *The struggle for modernity. Nationalism, Futurism, and Fascism*. Westport, USA: Praeger Publishers.
- Hegel, G. W. F. ([1807] 2007). *Fenomenología del espíritu*. Buenos Aires, Argentina: Fondo de cultura económica.
- Kant, I. ([1781] 2005). *Crítica de la Razón Pura*. Madrid, España: Taurus.
- Kant, I. ([1784] 2011). *Crítica de la razón práctica*. México D.F., México: Fondo de Cultura Económica
- Kant, I. ([1790] 2012). *Crítica del discernimiento*. Madrid, España: Editorial Alianza.
- Kant, I. ([1797] 1991). *The metaphysics of morals*. Cambridge, UK: Cambridge University Press.
- Levín, P. (1997). El capital tecnológico. Buenos Aires, Argentina: Ediciones Cooperativas.
- Levín, P. (2010). Esquema de la ciencia económica. *Revista de economía política de Buenos Aires, Vol. 7/8*, pp. 247-289.
- Levín, P. (2014). La "Reforma del 18", su teoría en el sombrero. En Levín, P., Cazenave, A., Piqué, P., Rikap, C. y V. Romero (2014), *Apuntes para el Metaplán* (pp.5-17). Buenos Aires, Argentina: Facultad de Ciencias Económicas, Universidad de Buenos Aires.
- Levín, P. (2016). Concepto económico de salud mental: indagación exploratoria. *Vertex. Revista Argentina de Psiquiatría, Volumen XXVII, Número 125*, pp. 25-34.
- Maifreda, G. (2012). *From Oikonomia to Political Economy. Constructing Economic Knowledge from the Renaissance to the Scientific Revolution*. Farnham, UK: Ashgate.
- Mandeville, B. ([1714] 2004). *La fábula de las abejas: los vicios privados hacen la prosperidad pública*. Madrid, España: Fondo de Cultura Económica de España.
- Marx, K. ([1859] 2008). *Contribución a la crítica de la economía política*. México D.F., México: Siglo XXI Editores.
- Marx, K. ([1867] 2002). *El capital. Crítica de la economía política. Tomo I, Vol. 1*. México D.F., México: Siglo XXI Editores
- Ricardo, D. ([1817] 1993). *Principios de economía política y tributación*. México D.F., México: Fondo de Cultura Económica.
- Rousseau, J. J. ([1762] 2008). *El Contrato Social*. Buenos Aires, Argentina: Losada.
- Schrödinger, E. ([1944] 1983). *¿Qué es la vida?* Madrid, España: Ediciones Hyspamérica.





- Screpanti, E., & Zamagni, S. ([1993] 2005). *An outline of the history of economic thought*. Oxford University Press on Demand.
- Skidelsky, E. (2011). *Ernst Cassirer: the last philosopher of culture*. Princeton, USA: Princeton University Press.
- Smith, A. ([1759] 2013) *Teoría de los Sentimientos Morales*. Madrid, España: Editorial Alianza.
- Smith, A. ([1776] 2008). *Investigación sobre la naturaleza y causas de la riqueza de las naciones*. México D.F., México: Fondo de Cultura Económica.
- Snow, C. P. ([1959] 2012). *The two cultures*. Cambridge, Reino Unido: Cambridge University Press.
- Solomon, R. C. (1983). *In the Spirit of Hegel*. Nueva York, USA: Oxford University Press.